

**UN ANTROPÓLOGO EN CUARENTENA**  
Reflexiones crepusculares desde la Patagonia

Javier Serrano  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE RÍO NEGRO

Artículo compilado en el libro

**Covid19**

Apuntes desde el *timeout* \*

\* El libro de la editorial Elementum *Covid19: apuntes desde el timeout* es una compilación de textos que abordan los temas de la pandemia y la cuarentena del 2020 desde distintos ángulos. Su edición será electrónica y su distribución se dará bajo el esquema de *fair use*. ISBN en trámite. Puede hacerse uso de este texto, siempre que se cite al autor y al editor.

## 1. La pandemia, un momento crepuscular

Días después de declarada la cuarentena, en Loncopué, un pequeño pueblo en la provincia de Neuquén al norte de la Patagonia, un grupo de vecinos se juntó a festejar un cumpleaños y compartir un asado. El resultado fue un considerable número de infectados y dos fallecimientos. Lo que parecía lejano o improbable golpeó con fuerza en una remota localidad patagónica. Pronto el virus se propagó por el alto valle del río Negro y a la ciudad de Bariloche. Cuando nos dimos cuenta, la pandemia estaba en la región. El aislamiento en cuarentena y las restricciones al tránsito y la circulación se fueron imponiendo; en general, la gente terminó por acatar las drásticas medidas que tomó el gobierno. Por primera vez, después de mucho tiempo, pareció aflojar lo que en Argentina llamamos “la grieta”, con referencia a una sociedad presuntamente dividida en torno a posiciones políticas irreconciliables. El virus habría logrado lo imposible y muchos recordamos una célebre línea de Borges: “no nos une el amor sino el espanto”.<sup>1</sup> Pero el panorama es complejo.

El covid19 llega al país en el marco de una profunda crisis económica, con un alto porcentaje de la población, de cerca de 40 %, viviendo en condiciones de pobreza. La pandemia es una calamidad de alcance global, pero impacta de manera desigual en sociedades intrínsecamente desiguales. Se ha dicho que el virus no hace diferencia y ataca a pobres y ricos por igual. Hay algo de verdad en ello. No obstante, no es aventurado pronosticar que a la larga afectará más a los sectores más vulnerables —pienso primero en las áreas pobres de las grandes ciudades, pero atañe también al ámbito rural—. Muchas personas en situación de pobreza tienen grandes dificultades para sostener el confinamiento en sus hogares, con frecuencia hacinados, ya que viven al día y tienen que salir a trabajar para poder comprar los alimentos diarios o las medicinas y otros insumos indispensables. Éste es apenas uno de los muchos problemas vinculados a los sectores más desprotegidos. Las personas que viven en contextos vulnerables suelen tener antecedentes de salud que acrecientan su fragilidad ante el coronavirus y enfermedades como el dengue. Desde meses antes

---

<sup>1</sup> En el poema Buenos Aires. Borges, J. L. (1964). *El otro, el mismo*. Bs. As.: EMECE.

de las primeras manifestaciones del covid19 en Wuhan, las comunidades wichís a la vera del río Pilcomayo, en el Chaco salteño, sufrieron la muerte de varios niños por complicaciones derivadas de la desnutrición; muertes dolorosas, inexcusables, pero en principio evitables ya que en definitiva son producto de la pobreza extrema y a la inacción de los gobiernos. Hay muchas carencias pero el principal problema allí es la falta de agua potable. Paradójicamente, la recomendación más insistente con relación a la prevención de contagio del coronavirus es el lavado frecuente de manos con agua y jabón. Lo expresé más arriba, el escenario es complejo.

Para la elaboración de este trabajo se me ha pedido reseñar qué es lo importante para mí con relación a la pandemia y manifestar cuál es mi visión como antropólogo desde la Patagonia. Me parecen interrogantes trascendentes y vale la pena asumir el reto. Pero pueden contestarse de muchas maneras. Lo que ofrezco aquí es un puñado de reflexiones acerca de cuestiones que encuentro relevantes. Antes de comenzar con el desarrollo me gustaría precisar la forma en que concibo el momento que estamos atravesando. Sin duda se vincula con el confinamiento, pero no sólo con ello. Para mí se trata de una situación crepuscular. Un momento particularmente incierto, plagado de ambigüedad e indefinición: nada es seguro, no sabemos qué es lo que viene, nos cuesta entender lo que está pasando. Los antropólogos utilizamos el concepto de liminalidad para referirnos a este tipo de situaciones. Para mí es la categoría que mejor describe este tiempo extraordinario que nos toca vivir.

## 2. La renovada vigencia del Estado

Mi primera observación de orden general sobre la pandemia del coronavirus tiene que ver con la renovada vigencia del Estado. En efecto, el Estado se revela como el elemento esencial de la organización social en este momento particular de la historia. Es casi una obviedad. Aunque algunos gobernantes pagarán el precio de los errores cometidos —que han sido muchos y variados— en el manejo de la crisis, todo indica que los Estados nacionales saldrán fortalecidos de la pandemia. Las razones para ello no son opacas: el Estado se presenta como la única instancia con capacidad de asumir los inflexibles retos que impone la pandemia, en términos de contención a la propagación del virus y de la atención a gran escala a los infectados. Y también, significativamente, como la única entidad capaz de imponer y sostener medidas de control efectivo sobre la población, tales como el confinamiento en los hogares y las restricciones a la circulación —recordemos que ambas prescripciones ofenden en su fundamento mismo a los paladines del

liberalismo—. Manifiestamente, medidas como éstas sólo pueden ser impuestas con consenso social por el Estado. Que ello derive en sesgo autoritario es una posibilidad latente. Por otro lado, ante la crisis multifacética que introduce la pandemia, problemas cruciales, como el abasto de alimentos y medicamentos que normalmente están en las manos libres del mercado, se resuelven con la intervención del Estado —agraviando de nueva cuenta a la prédica liberal— a través de controles estrictos de precios, de subvenciones a los sectores más vulnerables y, en muchos casos, por medio del abastecimiento directo a la población. No estoy afirmando que el Estado sea eficaz en todos estos asuntos. Esto no es un elogio y de hecho tengo objeciones sustanciales. Mantengo en cambio que, en este momento histórico signado por la incertidumbre, el Estado se presenta ante la sociedad como la única entidad con legitimidad y solvencia como para dar respuestas y enfrentar los retos que supone la propagación implacable del covid19.

Mientras tanto, en los medios de comunicación se establece una absurda polémica que opone salud a economía, como si no hubiera una virtual interdependencia entre ellas. Lo que se dirime, en el fondo, es un asunto de definición de prioridades. Y en ello se solapa, no sin desacierto, una drástica reducción de lo económico a las prácticas financieras y de mercado. Como si tal cosa fuera sensata o indisputable. La crisis, no obstante, desnudó todas las limitaciones de la extravagante proposición resumida en el conocido eslogan de Margaret Thatcher, *there is no alternative* (popularizado en el Reino Unido a través del acrónimo TINA). Debe haber alternativas, los muertos no pagan (la contestación remite también a una famosa sentencia de un presidente argentino con relación al pago de la deuda externa). En todo caso, el debate expresa, aunque sin resolver, las patentes contradicciones de esta insólita forma de vivir en sociedad, sustentada en la lógica de la ganancia y la acumulación de riqueza. En la Patagonia, y previsiblemente más allá, prevalece la convicción de que nadie en su sano juicio supeditaría la gestión de la crisis de la pandemia a las premisas del libre mercado. La inusitada y exorbitante evolución de los precios de los tapabocas (barbijos) y del alcohol en gel, muy por encima de los precios normales, exhibió muy pronto el inadmisibile riesgo de estar sometidos a las leyes de la oferta y la demanda en el marco de necesidades apremiantes. Ya que estamos, y para acabar con las frases de mandatarios, el columnista Pedro Brieger dirimió reformulando el legendario eslogan de Bill Clinton para decir: “no es el libre mercado, estúpido, *es la vida*”. En el contexto del covid19, la balanza de prioridades vuelca su fiel hacia el lado de la salud.

Algunos de los economistas más ecuánimes, sin embargo, advierten sombríamente que —dada la parálisis económica derivada del confinamiento prolongado de los trabajadores— los gobiernos perderán eficacia para dar las respuestas esperadas, en la medida en que caiga la recaudación impositiva y la emisión monetaria se vuelva insostenible. Llevado a su extremo, el argumento enfatiza que finalmente el hambre puede ser tan letal como el virus mismo. Mientras trabajo en este documento, se publica un informe de Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) que anticipa para el 2020 una caída brutal del PIB en la región; un declive de alrededor de 5,3 %. Sólo por mencionar algunos casos, en cifras porcentuales la retracción proyectada es de 6,5 en Argentina, de 5,2 en Brasil y en México, mi segunda patria, de 6,5. Si las proyecciones se cumplen, será la mayor contracción del producto bruto en la historia en la región, sólo equiparable a la de la Gran Depresión de 1930. La debacle acarreará, se asegura, contingentes masivos de desempleados y nuevos pobres (probablemente 30 millones de éstos). Para los analistas más agoreros, estos números anuncian inevitables estallidos sociales. En cualquier modo, nada de esto se puede soslayar. El escenario plantea gruesos desafíos que los gobiernos deberán afrontar y habrá que ver cómo salen librados de ello en cada caso. Es seguro que en esto se decidirá la suerte de muchos gobernantes. Con todo, por el momento la idea vencedora en el cándido debate entre salud y economía, es que la economía debe estar al servicio de la vida, no al revés. Más adelante, si todo evoluciona favorablemente, veremos con expectativa hasta qué punto el dogma de la libertad mercantil, como panacea y remedio para todos los males, retoma su habitual y aplastante hegemonía. Hoy hasta los economistas liberales más recalcitrantes retraen, en los grandes medios de difusión, sus recurrentes peroratas de achicamiento del Estado y de confianza inculdicable en la pujanza del sector privado. A contramano de sus principios, algunos de ellos se atreven incluso a reclamar la intervención del Estado ante la emergencia, con la justificación de que es un mal necesario en un contexto excepcional. Por el momento posponen la arenga antiestatista. Atadas a los desafíos terrenales más allá de los dogmas —esencialmente conservar la salud y garantizar la subsistencia—, las personas de a pie ponen su confianza en otro lugar. El Estado, con todas sus posibles fallas y deficiencias, aparece como el actor indispensable en la crisis, el único que puede dar las respuestas que la gente espera ante la pandemia.

### 3. La desglobalización y el paradigma inmunitario

Hasta no hace mucho, se vaticinaba el ocaso inminente del Estado. O se lo concebía como mera estructura irrelevante, subsidiaria de las grandes corporaciones y los poderes reales. Pero inesperadamente la pandemia reforzó la autonomía del Estado soberano, evidenciando que no hay otra estructura análoga idónea ante una crisis de esta magnitud. En contraste, los discursos unísonos de la globalización como hecho portentoso e inexorable —y esencialmente benéfico—, han perdido relevancia. Con toda probabilidad han de regresar, aunque remozados, y es seguro que los grandes poderes económicos de escala mundial perseverarán en sus estrategias globalizantes. Inclutados a considerar los fenómenos a la luz de la diversidad, por norma los antropólogos han sido reticentes a interpretar la globalización en términos de uniformidad cultural. De hecho, hace ya muchos años hubo quien advirtió la posibilidad de procesos de “desglobalización”<sup>2</sup>. En lo que toca al orden internacional, el peso de entidades como la Organización Mundial de la Salud (OMS) palidece ante el hecho incontestable de que cada país ha tomado sus propias decisiones y definido, fronteras adentro, sus propias estrategias de gestión frente a la pandemia. Eso sí, los resultados serán dispares y ya se observan tanto fracasos rutilantes como éxitos provisorios. Pero las respuestas fundamentales vienen ostensiblemente por el lado de los Estados, en desmedro de las instancias multilaterales. La escandalosa y descarnada competencia entre países por insumos necesarios para la atención de los infectados —básicamente respiradores artificiales y mascarillas— exhibe diáfana la fragilidad de la cooperación internacional y la incapacidad de los organismos internacionales para resolver cuestiones elementales.

Son días agitados y de nuevo, mientras trabajo en este texto el 20 de abril, la ONU adopta a instancias de México una resolución que busca evitar la especulación en torno a los insumos médicos, así como garantizar el acceso global a medicinas y equipos médicos para la atención de la pandemia. Me pregunto cuál será su alcance efectivo. En todo caso, en lo más álgido de la crisis, la provisión de insumos esenciales a través del comercio a escala mundial exhibió, aquí sí, un cruento triunfo de la venta al mejor postor o al que mayor cantidad puede comprar. En el período más crítico del covid19, el comercio de insumos médicos indispensables se describe mejor como un comercio sin lealtad ni principios de respeto mutuo entre naciones; un escenario en el que claramente tienen ventajas los países más ricos y poderosos en virtud de la disponibilidad de recursos. La sórdida lógica implícita es la del sálvese quien pueda, esta vez

---

<sup>2</sup> Ulf Hanners (1996). *Transnational Connections: Culture, People, Places*. London and New York: Routledge.

a nivel de los Estados naciones. Esta lógica parece emanar del orden natural, aunque concretamente es un producto histórico. Ante los peligros del virus cada Estado asume con prioridad excluyente la protección de sus ciudadanos, dentro y fuera del territorio. Por otro lado, el extranjero que se encuentra circunstancialmente en el territorio nacional se convierte en eminente amenaza y presunto agente de contagio. Habría que hacer grandes esfuerzos para encontrar excepciones que confirmen esta regla.

Yo veo entonces, con asombro, convalidadas las notables conjeturas del napolitano Roberto Esposito en torno a la inmunidad como paradigma central de la modernidad<sup>3</sup>. Un argumento que retoma del lenguaje médico o biológico la poderosa noción de contagio. Su tesis propone a la inmunidad como mecanismo sustancial de alteridad, dispositivo que constituye las identidades particulares tanto como lo que ellas tienen de mutuo compartido (que para Esposito es la obligación recíproca de dar entre sí). En su visión la inmunidad refuerza la identificación comunitaria en alusión a las amenazas externas, por medios defensivos y ofensivos, a través de la protección excluyente de lo propio frente a todo elemento externo virtualmente “contagioso”. Y el extranjero —el *otro* por antonomasia— resulta así asemejado al virus, eventual portador del veneno y peligro inminente de contagio; algo —antes que alguien— que se debe evitar a fin de resguardar lo propio. Y así se explica, también, el cerramiento incuestionado de fronteras en clave nacional y la expulsión acelerada de inmigrantes en algunos países. Juegan en contra, aunque claramente van perdiendo la partida, los añejos valores del anfitriónazgo y la figura del refugiado, sólidamente instaurada en la jurisprudencia internacional. Lo que Esposito planteó en el sistema abstracto se ve reflejado en la contundente realidad de la pandemia. Observo en esto, a pesar del contexto dramático en que se inscribe, una extraña y exquisita paradoja.

#### 4. De cerramiento y xenofobia

El cerramiento de fronteras y el aislamiento en cuarentena (obligatorio o sugerido) son dos medidas principales, a nivel mundial, con que se busca detener o desacelerar la propagación del virus. El cierre de fronteras tiene, por supuesto, largos y con frecuencia oscuros antecedentes. No faltan en los memes que circulan por las redes, algunos con espléndido sarcasmo, las referencias a ello: “México le pide a Trump que se apure con lo del muro”. La lógica del cerramiento sigue la clave inmunológica enunciada por Esposito y consiste básicamente en dejar afuera a quienes no forman parte de la comunidad nacional. El

---

<sup>3</sup> Esposito, Roberto (2002). *Immunitas. Protección y negación de la vida*. Bs. As. – Madrid: Amorrortu.

muro es la imagen perfecta. Así se entiende también que los distintos gobiernos empleen ingentes recursos en repatriar a los ciudadanos que, por diferentes razones, se hallaban en otros países cuando estalló la pandemia. En la contracara, los extranjeros que estaban en situación de tránsito o en condición irregular en el territorio nacional corren, en algunos países, serios riesgos de ser expulsados sin miramientos. La medida, que parece ser efectiva en la contención del virus, puede tener efectos muy negativos en otros planos. Pero el cerramiento no sólo se da entre naciones. En Argentina las restricciones al tránsito se imponen a través de la fuerza pública (policía o gendarmería), aunque en forma dispar, tanto entre las provincias como entre cada localidad. A su vez, se ejerce el control estricto de la circulación de las personas en las vías públicas en pueblos y ciudades. Todo con el fin de reducir al máximo las posibilidades de contagio. Aun así, más allá del origen gubernamental de las normas y disposiciones, tanto el cerramiento como el aislamiento pueden tener distintas consecuencias en el proceso social. Una de ellas es que muchos ciudadanos se vuelven ellos mismos vigilantes quisquillosos del cumplimiento de las normas y denunciadores despiadados de sus vecinos (algo que también suele ser mal visto). En lo que concierne al cierre de fronteras, dos de los peligros más eminentes son la exacerbación de la xenofobia a nivel nacional y la exaltación —agresiva ante el foráneo— de los localismos.

Las fronteras se cierran en el espacio geográfico, pero atañen a las identificaciones colectivas de raigambre territorial. Desde el punto de vista de las dinámicas de identificación, el cerramiento puede tener resultados indeseados e imprevistos. Un riesgo mayor es que deriven en procesos de discriminación abierta y, eventualmente, en la expulsión expedita o violenta de las personas ajenas a la comunidad. Sobre el foráneo recaen, con demasiada facilidad, las sospechas de portación del virus. Todo tipo de malentendidos surge de esto mismo. Por otra parte, no es difícil entender que las nuevas instancias de exclusión pueden montarse sobre prejuicios previos, incluyendo sesgos racistas, y procesos de discriminación históricos. Así se explican, en la esfera de las nacionalidades, los discursos y actitudes antiinmigrante que reflorescen en muchos países en el contexto de la pandemia. El covid19 puede convertirse en una excusa perfecta para alimentar el odio al extranjero. En el plano local o regional, el panorama puede ser igualmente pernicioso. Los ejemplos ya son muchos pero el titular de un periódico del noreste argentino fue especialmente impresionante para mí: “Chaco exportó la maldita enfermedad a Corrientes” (en alusión a las provincias homónimas). El señalamiento de culpables es una de las formas específicas, escasamente soterrada, en que se alienta la discriminación. Claramente, nada bueno habrá de surgir de allí. En este caso se trata de dos

provincias colindantes que arrastran, en términos de identificación colectiva, una vieja rivalidad que se expresa de diferentes maneras. Pero los procesos de identificación locales pueden tener también aspectos positivos y me gustaría poner el acento en ello.

### **5. La pandemia y los procesos locales**

La pandemia del covid19 es una amenaza uniforme, pero afecta de modo diferencial a los distintos países, provincias y localidades. El grado de afectación depende en gran medida de las respuestas de gestión de la crisis en cada contexto específico. Parte del problema es que los Estados naciones son estructuras complejas que operan en varios niveles jerárquicos, lo que implica continuas tensiones y dificultades que se traducen, en ocasiones, en graves conflictos. Pero la complejidad se acrecienta cuando en muchos países —Argentina y México entre ellos— se combina en distintos grados una disposición federal nominal con un marcado centralismo político y presupuestal, que incide en prácticamente todas las decisiones de gestión relevantes a escala provincial y municipal. El esquema se reproduce en cada provincia o entidad federativa respecto de las localidades que las integran. De hecho, algo análogo sucede con frecuencia en las grandes ciudades respecto de las delegaciones barriales. Todo esto es ya demasiado conocido y, sin detenerme en ello, deseo destacar un aspecto determinado en que lo local cobra relevancia.

Mi formación y práctica específica como antropólogo me mueven a observar los procesos sociales y culturales en la proximidad, en la intimidad de los sucesos. La antropología es, podría decirse, una disciplina realista: se observa participando lo que la gente hace en lugares y situaciones concretas; las reflexiones ulteriores se apoyan crucialmente en ello. En este sentido, vale la pena subrayar que si el virus es uno (confiando en que no mute, al menos rápidamente) las formas de concebir la pandemia y las respuestas locales han de ser, en principio, tan diversas como diversas son las sociedades y los grupos humanos en ellas. Esto es así a pesar de las corrientes de uniformidad que emanan del centralismo político y de los medios de comunicación. Incluso los discursos que prevalecen en éstos —en la Patagonia hay muchas más posibilidades de enterarse cómo va todo en Buenos Aires antes que en la propia región o localidad— serán procesados e interpretados a nivel local. A su vez, los saberes locales siempre son relevantes y se confiará en ellos ante la pandemia, más allá de las recomendaciones y las amonestaciones oficiales. En Viedma, una ciudad del área atlántica norpatagónica, por poner algún ejemplo, en los primeros días de la peste las pastillas de alcanfor escasearon a la par del alcohol en gel y las mascarillas. La

gente confía en ellas para tratar o prevenir las afecciones respiratorias. Imagino que en el lugar donde crecí, en la provincia de Corrientes, se estará utilizando el vapor de eucaliptus, una práctica tradicional contra todo tipo de gripe. Pero quiero llevar la atención a una cuestión muy diferente. Eventualmente las sociedades locales generan, en virtud de su historia particular, modos de organización “desde abajo” que pueden tener una intervención decisiva en los procesos de respuesta al covid19.

Cuando todas las políticas económicas fracasaron en Argentina durante la profunda crisis que estalló en 2001, surgieron diferentes grupos y entramados sociales solidarios que ofrecieron soluciones efectivas —incluyendo clubes de trueque que respondían a la falta de dinero— para atender asuntos tan fundamentales como la subsistencia y el bienestar de las personas. Aunque no puedo desarrollar la analogía como quisiera, estoy tentado a pensar que, a efectos del devastador terremoto de 1985, surgieron instancias de organización parecidas en la ciudad de México. En todo caso, en estas redes se depositan experiencias de organización significativas que pueden tener un papel trascendente en la lucha contra el virus, más allá de las políticas de Estado con las que pueden (o no) coordinarse. Su importancia tiene un significado específicamente local y tanto producen, como entrañan, procesos de identificación de base territorial. El abasto y distribución de alimentos a escala local, en forma alterna al mercado, como también la atención de los adultos mayores en condiciones de asilamiento en solitario, son algunos aspectos en los que pueden intervenir decisivamente. No digo que todo sea perfecto en ellas. Pero, puesto que son modos de organización locales que nacen para dar respuestas a las propias dificultades, tienen un ajuste muy preciso con las situaciones concretas que se presentan en cada lugar y por ello es importante considerarlas. Por otra parte, una variedad de identificaciones de nivel local que no tienen que ver con dificultades, pueden servir de base para actividades coordinadas en la atención de la pandemia. Los clubes deportivos, por ejemplo, cuyos miembros se identifican por los colores de la camiseta, pueden resultar en una organización eficaz para dar respuesta a asuntos puntuales, tales como el depósito y administración de alimentos y otros insumos a escala barrial. De hecho, en muchos lugares se apela a ellos con frecuencia en situaciones de inundación u otros tipos de desastre. Las posibilidades son muchas, pero mi interés aquí es desplazar la atención por un momento hacia los procesos locales.

\* \* \*

He evitado adrede incursionar en este trabajo en el álgebra de la pandemia, aunque la magnitud y la escala del fenómeno son incuestionables. Muchos otros se ocupan ya de la cuenta luctuosa de las víctimas, quizá con excesiva insistencia. Habitualmente lo hacen contrastando los datos nacionales con los de diferentes países y entre estados provinciales o entidades federativas. No obstante, me gustaría señalar que el seguimiento mediático se enfoca, día con día, en el número de fallecimientos y de casos de infección sospechosos o confirmados. Llamativamente, se presta poca atención a la cifra de pacientes recuperados, que en general es alta y permite un modesto optimismo sobre la evolución de la pandemia. La difusión de los guarismos no siempre está en manos de especialistas y no quisiera contribuir a la confusión. En cambio, estoy mejor preparado para observar y reflexionar sobre otro tipo de aspectos a partir de mi experiencia como antropólogo; algo de eso he intentado en las secciones previas.

Entre otras cosas, la perspectiva antropológica permite pensar al ser humano en su largo camino evolutivo. En términos técnicos, nos referimos a ello como proceso de hominización y la escala temporal es de millones de años. De esta manera, no es difícil para los antropólogos asumir que la pandemia del covid19 forma parte de una profusa serie de crisis epidémicas que la humanidad hubo de enfrentar en su extenso desarrollo. Por su parte, el registro histórico, de tiempos mucho más acotados, constata varios episodios epidémicos, algunos de ellos medianamente recientes tales como el ébola, la influenza aviaria y el SARS (*severe acute respiratory syndrome*). El linaje humano ha salido airoso en cada ocasión, aunque eventualmente los episodios hayan sido devastadores para poblaciones específicas y grupos determinados de personas. Todo esto conduce a conjeturar, con expectativas mesuradas, que una vez más la humanidad habrá de sortear la pandemia actual y logrará salir adelante. Sin embargo, no está claro cómo ha de hacerlo e indudablemente el costo será alto en afectaciones y muertes; ya lo es. Los modos en que las personas y las distintas sociedades procesan las pandemias, es harina de otro costal.

Para cerrar este texto, deseo volver sobre algo que mencioné al inicio para dar algunas precisiones. He sostenido que atravesamos una situación que puede describirse como crepuscular. Un momento dominado por la vaguedad y la incertidumbre. Los antropólogos recurrimos la noción de liminalidad, tomada del lenguaje de los ritos de paso, para referirnos a ello. Se trata de un estado peculiar que obedece a la interrupción abrupta de los procesos cotidianos previos. Es además un estado intermedio e indefinido, en tanto no se instaura un nuevo orden rutinario. Esto tiene que ver con varios factores pero en particular con la brusca interrupción de lo que solía ser habitual, especialmente en lo que hace a los procesos laborales

y educativos en los que tantas personas se encuentran involucradas. La cotidianeidad se encuentra suspendida. Parece que el mundo no volverá a ser el mismo, aunque también da la impresión de que de alguna manera habrá de restablecerse. Para muchos de nosotros todo esto sucede sobre un fondo existencial. Ya sin el amparo de las religiones el covid19 nos pone frente a las mismas viejas preguntas: quiénes somos en verdad, de qué se trata la vida, qué hacemos aquí y qué nos depara el futuro. La pandemia no arroja respuestas, nos entrega al íntimo problema del significado de la existencia.